

SOLO PODEMOS TENER

Sólo podemos tener
una desolación.
Un solo sentimiento de estar solos.
irremediablemente solos.

Tú lo estás.
Yo lo estoy.
Todos estamos solos.
Bajo el cálido viento del verano.
Sobre la arena gris.
Bajo las nubes o bajo los olmos.

Linda muchacha solitaria
que con tu clara risa
haces fisuras a la soledad
y a la desesperanza.
Quisiera tener para tí
mis palabras mejores.
Mis palabras definitivas
para tus ojos y para tus labios.

30 DE DICIEMBRE

Es 30 de diciembre. Sobre las frescas rosas
va cayendo el sosiego de la arena infinita.
Hace ya muchos días que no miro tus ojos.
Los faroles nocturnos ocultan las estrellas.

Hay bullicio en el barrio, sigue el juego de máscaras.
Pinos y Santa Clauses ríen en las ventanas.
Pero los verdes pinos son pinos sin raíces,
y el dulce Santa Claus es de plástico frío.

Por el cielo de México no han pasado las grullas:
viven aquí, sus alas grises nos dan cobijo.
Entre el pagano estruendo de la cohetería.
la lechuza interpola su pavoroso grito.

Tornará junio al yermo que fatigó diciembre,
los árboles desnudos vestirán nuevas hojas.
Sólo mi vieja angustia no volverá a tener
el calor de tu mano para cruzar la noche.

Mañana tal vez puedas retornar al país
de tu niñez, la tierra dulce de tus mayores....
Aún así tus ojos, tus manos, tu sonrisa,
no quebrarán la sombra de mis días inciertos.

LUPE Y ROSA MARIA

A José Alfonso Elizondo

Hace veinte años me acosté con Lupe. Era ella
la prostituta más conocida del pueblo. No había
entonces
luz eléctrica en calles ni casas. La oscuridad
envolvía todo
en una intimidad enervante y algo pavorosa.
Hicimos el amor sobre la arena seca del arroyo.
Ella sencillamente se tendió sobre su falda recogida,
y yo sentí su agitación y la arena y el humor de
su cuerpo.
Otra noche, en la oscuridad de un recodo del
mismo arroyo
me detuve de pronto. La mano cálida de Rosa María
oprimía mi brazo como indicando la hora de
detenernos.
Rosa María no era prostituta, tal vez por eso
me preguntó lo que había que hacer. Luego,
dulcemente,
se sentó con las piernas recogidas despertando un
murmullo de hojas secas.
Luego, desciñó de su cintura su falda circular y
con ella

hizo un pequeño lecho sobre la arena y las hojas
murmurantes.

Rosa María abrió lentamente sus bellas piernas
y se desvaneció pensando en nada o tal vez viendo
las estrellas.

Puede pensarse que he sido indiscreto al evocar
estas cosas.

Todo lo contrario, tengo en alta estima estas horas
pasadas.

Pero es así como recuerdo a Lupe y a Rosa María.

EL DELFIN

Era un delfín que jugaba con tu cuerpo
en las olas azules.
Aquel delfín parecía
el poema imposible que soñé para ti.
Pero el poema que soñé
era tu cuerpo desnudo
en la noche marina.

PLEGARIA DE UN PEQUEÑO BURGUES

*En recuerdo de mi padre
Telémaco Salazar Ayala*

Quiero expresar mis agradecimientos, con las
palabras más simples,
al gran Dispensador de todo, de los bienes y
los males:
Por este nuevo amanecer, estremecido por los ruidos
de la ciudad;
Porque a pesar del smog todavía podemos respirar:
por el traqueteo del tren y por las manifestaciones
obreras;
por el azúcar blanca y por el azúcar morena;
por la sagrada tortilla de maíz, saciadora del
hambre de los míos;
por el atole de arrayán, que nunca más volví
a probar.
Por mis hermanos vivos y por mi padre muerto
y por su Esquilo y su Eurípides, que nos dejó
entre sus cosas.
Por el gris circunspecto de las calles de Monterrey,
y por la alegría desesperada de los pueblos del Sur.
Por los aztecas, duros guerreros, que como Dios,
construyeron sobre las aguas;
por la música de Silvestre Revueltas y por la de
José Alfredo Jiménez;

por el triste catolicismo de este país sin ilusiones;
por la incurable tristeza milenaria de la querida
tierra de México.
Por el Cerro de la Silla y por la Sierra de las Mitras;
por la Sierra Madre de Guerrero, por los llanos
del Norte.
y por el eterno Citlaltépetl, vigilante de las estrellas.
Porque a 500 años de distancia puedo ver una
virgen desnuda que soñó Cranach;
por el aleph de los fenicios, oscuros navegantes
milenarios;
por la lluvia multicolor sobre los campos agrietados
y grises,
y por las hermosas piernas cálidas de la muchacha
del camión.
Por la dura patria de los vagabundos y por la suave
patria de López Velarde;
por Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, paisanos
que soñaron el porvenir;
por Carlos Marx y por Jesús, que llevaban la
misma sangre;
por Pablo Neruda y Jorge Luis Borges, padres
nuestros que están en la tierra;
por nuestro coraje indígena y nuestra indignación
ibérica;
por la tristeza de Juan Colorado el día que perdió
sus dientes.
por la indiferencia de los jóvenes, máscara de su
temprana desolación;
por esta angustia, que no pude evitar imponer a las
mujeres que conocí;
por los mexicanos que conocieron los trenes en los

días polvorientos de la Revolución;
por la máquina singer de mi madre después de que
murió mi padre.
Por mis hijos, ásperos e inocentes, girasoles abiertos
al mediodía;
por la memoria oscura de mis abuelos, aztecas y
tarascos de la conquista;
por el pan que recibí de manos ajenas y por la
bendición que me dio mi padre;
por las golondrinas y por las nubes que cruzan el
cielo de México;
por el puño cerrado de Angela Davis, hermosa flor
negra de Norteamérica;
Por Francisco I. Madero y Salvador Allende,
hermanos nuestros y padres nuestros;
por la firma del Ché en los billetes cubanos, y por
su efigie izada en las barricadas de París;
por el amor que recibí sin merecerlo y también por
el que a veces pude dar,
y por mis libros, compañeros fraternales en las
horas de soledad.

MONTEMORELOS

Para Lety Salazar Herrera

La primavera de Montemorelos era una primavera
triste.
Porque era una primavera de mariposas emigrantes.
El invierno de Montemorelos tenía largos
tentáculos....
Pero si me lo preguntáis os diré: ¡qué tiempos
aquellos!

RETRATO DE UNA MUCHACHA DE CAOBA

Esta era y es
una muchacha de caoba
que tenía los ojos negros
y la sonrisa roja.

La encontré en una acera
no me dijo su nombre
pero a tiempo lo supe
cuando miré su piel de granito y de sombra.

Cuando toqué su piel
delicada y sonora
no sé si en una calle
o una alcoba.

Seré fiel a tu imagen
muchacha de caoba.
No olvidaré tus ojos
ni tus muslos de cobre
ni tu sonrisa roja.

EL EDIFICIO DE LA PAZ

Ahora
hay que reestructurar el verso de la paz.

De la paz en la cúspide.

Abajo, en los cimientos del hermoso edificio:
el pan bueno para todos,
la dignidad para todos,
el agua para todos,
el aire para todos,
el sol para todos,
la risa para todos....

Todo el bien de la tierra:
para todos.
Y la paz en la cúspide.

Ahora
hay que reestructurar el verso de la paz
sobre un supuesto básico
de justicia social.

SANTA FE INN

A 3 kilómetros del colegio, a un lado de la
carretera azul,

hay un pequeño lugar de descanso llamado
Santa Fe Inn.

Hasta ahí llegábamos en las tardes con nuestras
novias cogidas de la mano,
y mirábamos la puesta del sol y el vuelo furtivo
de las perdices.

Así era entonces nuestra vida. No puedo decir
si era bella. Pero os juro que al recordarla no
dejo de conmoverme.

Pero diréis: "esas cosas se han hecho por rutina,
desde hace más de 60 siglos".

Y decís la verdad. Pero os falta aclarar una cosa.
Una es nuestra rutina y otra es la rutina vuestra.

Esta es la única diferencia.

Por ello Santa Fe Inn es ahora un sitio abandonado.
Ninguno de vosotros invertiría ahí su capital.

Sus cristales, otrora lucientes bajo el sol preinvernal,
están cubiertos de polvo y telarañas.

Sin duda Santa Fe Inn ha dejado de ser lo que fue.

BREVE CANTO A LA AURORA

Desde Oriente saludan los puños de los pueblos.
Un estertor inmenso sacude las tinieblas.
Crujen las poderosas columnas del imperio
ante el brazo extendido de la aurora que avanza.

¿Véis? La luz se ha posado sobre todas las cimas;
la ternura rubrica los ojos de los niños.
Brazos negros construyen la nueva faz del Africa
a la voz de Kenyatta, Um Niobe, Touré y Nkrumah.

¿Tenéis acaso secas las fuentes de la sangre?
¿No os sacude el prodigio de la aurora que nace?
¡Hay qué limpiar la tierra de escoria y podredumbre:
manos limpias reclaman el timón de la nave!

Es el grito del Hombre. ¿No lo oís? El pasado
no podrá hollar el verde de la nueva esperanza.
¡Hay qué aspirar el aire con los poros abiertos!
¡Hay qué arrojar el lastre con los puños cerrados!

¡Salve, pueblo de Cuba, de Ghana, de Marruecos.
Túnez, Egipto, China, Rodesia y Mozambique!
¡Desde el Oriente avanza la luz irresistible
que ha de limpiar tu frente de fango y de tinieblas!

Desde Oriente saludan los puños de los pueblos.
Un estertor de muerte sacude las tinieblas.
Se transfigura el grito de las madres de Argelia...
¡Salve, pueblos enhiestos! ¡La libertad es vuestra!

CADA DIA

Cada día la nueva luz del sol me llena de
agradecimiento.
En mis noches, la angustia se cierne como una grulla
herida.
A ti, que compartes la ansiedad de nuestro mundo
de miseria,
¿qué podría decirte, que nos haga revivir los paraísos
perdidos?

POEMA INNOMINADO

Un día reapareces en la perspectiva inopinada de la
vida.
Llena de frescura y de candor como la primera
mañana.
Y la estancia se puebla de crepúsculos y mariposas
de cristal.
Y te amo nuevamente, como después de un
transitorio olvido.

Otro día, bajo la lluvia preinvernal, en esta ciudad
casi nuestra,
pienso en tu tristeza, en tus ojos, en tu alma oscura
y ajena.
No puedo olvidarte, es cierto. Pero entretanto,
estás lejos
Sobre tu piel de arena, otros besos; y tus cabellos
al viento.

Volverá el sol y entonces tendrás un asomo de tus
sueños remotos.
De tu otra realidad, de lo que casi has olvidado,
de lo que callas.
Es tal vez sólo un deseo mío o un presentimiento.
De cualquier modo, pienso que es absurdo partir sin
haber llegado.

CARACOL

La lenta y fatigosa progresión de los días
secará la frescura de tus sueños en flor.
Pero tras la ceniza nuestros viejos anhelos
vivirán el milagro de la resurrección.

TUVE UNA VEZ

Tuve una vez un perro.
Era un pequeño perro regalado.
Y, usted comprenderá, para una persona enajenada,
como usted y como yo,
el cuidado de un perro resulta casi un lujo.
Nada de caricias o de observar la expresión de
sus ojos.
Tampoco darse por aludido si el pobre perro juega
a cogerse la cola sobre la hierba del patio.
Pero los perros, igual que muchas gentes, se
acostumbran a vivir sin afectos, o con muy pocos.
De modo que no mentiré si digo que entre el perro
y yo había una sorda comprensión fraternal.

Tuve también un gato.
Un pequeño gato que arañó mi puerta una mañana
en que estaba pensando que nunca había tenido
un gato.
De niño conocí muchos gatos, pero eran de los
vecinos.
Pero ahora tuve un gato mío.
Y usted ya sabe lo que es tener un gato en Monterrey,
donde todo mundo aspira a tener algo suyo.

Parece que el gato se parecía un poco a nosotros.
A mi esposa y a mí. Tal vez un poco a mi hijo
mayor.
Tenía un constante aire de invitado, de huésped, de
persona que va de paso.

Tuve también, otro día, un amor.
Era una muchacha fragante como panadería abierta.
Fresca y sensual como la hierba verde.
Aunque en apariencia era una muchacha ordinaria
como las que vemos todos los días por las calles de
la ciudad,
—pero que no son nuestras.

Os diré el resto sin altanería ni vanagloria.
Pues me ocurrió lo que siempre les ocurre a personas
como usted o como yo.
Mi pequeño perro hermético murió bajo las ruedas
de un camión urbano.
El pequeño gato vagabundo se fue por su camino sin
avisarme.
Y la dulce muchacha con olor a panadería
un día me dijo ya no te quiero y se fue con otro.

LA NAVE

No estrecharé tu cuerpo en la ribera cuando la noche
cierre,
ni partiremos juntos en la nave con destino a
Tharsis.
No volveré a estrechar tu mano delicada y ajena,
ni rezaremos juntos cuando la borrasca azote los
flancos de arcilla.
Sobre el horizonte de lava reconstruiste la visión de
las mariposas del camino,
pero no soñaremos juntos en la nave con destino
a Tharsis.
Las brumas de la playa serán como plomo derretido:
allí se consumirán para siempre tu silencio y mis
palabras.
Reconstruiré tu cuerpo con los ecos de la tormenta
desencadenada,
pero no iré contigo en la nave con destino a Tharsis.
¿Imaginaste alguna vez el litoral donde se enclava
Tharsis?
Nos dirigimos a la ciudad de los Blancos Palacios
Desiertos.
Olvidaré tu nombre sin sentir tristeza o alegría.
Estrecharé

sin herirla
tu mano
delicada
y ajena.
Pero no iremos juntos
en la nave
con destino
a Tharsis.

NOCTURNO MINUSCULO

Pienso en ella, simplemente, y no sé
si por eso, repentinamente, me siento triste.
Sólo recuerdo su sonrisa frágil, como una mariposa.
y el sitio donde por primera vez encontré su mirada.

Y aunque la quiero, me alegro de saber que ese día
no volverá.

Porque sé que ya nunca podré verla como la ví
aquel día

Porque mañana, al oír su voz, olvidaré mis
pensamientos de ahora.

(Esto pienso, mientras acaricio en la sombra
su cabello distante).